

Excelencias de la Natividad de María Santísima

En el mes de septiembre se celebran tres gloriosas y memorables fiestas de la Santísima Virgen: • el día 8, la fiesta de su santa *Natividad*; • el día 12, la fiesta del *Santo Nombre* de María; • y el día 15, la fiesta de los *Siete Dolores* de Nuestra Señora. No estará de más que, en esta *Hojita de Fe*, dediquemos algunas consideraciones a la primera de estas tres fiestas mencionadas, la de la Natividad de María Santísima.

Esta fiesta tiene una característica bien propia, y es la nota de *alegría* que supone para todos el nacimiento de la Santísima Virgen. Si de San Juan Bautista dijo el ángel a Zacarías que «*en su nacimiento muchos se gozarán*» (Lc. 1 14), por cuanto había de ser el Precursor del Salvador, ¿con cuánta mayor razón podríamos decir lo mismo del nacimiento, no ya del Precursor, sino de Aquella que debía ser la Madre y la Socia del Redentor en su gran obra de salvación de las almas?

Pues bien, tres son las alegrías que se pueden considerar en este nacimiento: • la primera, en el cielo, *la alegría de Dios*, de las tres divinas Personas, contemplando la realización de su gran obra maestra, la Santísima Virgen; • la segunda, también en el cielo de los espíritus, *la alegría de los ángeles*, al tener ya delante a su Reina y Señora; • y la tercera, en la tierra, *la alegría de las almas santas*, que ven por fin terminado el largo invierno del Antiguo Testamento, y llegada la primavera de la gracia del Nuevo Testamento. Y así, la alegría por el nacimiento de María es cabalmente universal.

1º El nacimiento de María alegra el corazón de Dios.

Sabido es que para Dios todo está presente; sin embargo, séanos permitido hablar de Dios al modo de los hombres. Según este modo de hablar, todo el Antiguo Testamento no fue más que un enorme esbozo, un carboncillo, un bosquejo figurativo, de la obra que Dios tenía en mente. En esa obra, Nuestro Señor Jesucristo ocupa el centro y es la meta. Cuando Dios crea a Adán, no pensemos que Adán responde ya a todo lo que Dios intenta hacer: Adán es sólo una figura de la verdadera obra que Dios pretende, el futuro Cristo, su Hijo encarnado, que le ha de rendir toda la gloria que puede esperar de su creación.

Del mismo modo, al crear a Eva, Dios está mirando, en realidad, a María; pues en esa obra que El tiene trazada, Jesucristo no está solo, sino que está indefectiblemente vinculado a la Mujer que va a tener por Madre; y esa mujer es María. Eso mismo es lo que nos quiere indicar la Epístola de la fiesta de la Natividad de María, en que se aplican a la Santísima Virgen palabras de la Escritura que hablan de la Sabiduría eterna; para decirnos que, al realizar sus diversas obras, lo que Dios tenía en mente era ya su doble obra maestra, **JESÚS – MARÍA:**

«El Señor me poseyó en el principio de sus obras, desde el comienzo, antes de que criase cosa alguna. Desde la eternidad fui predestinada, y desde antiguo, antes de que la tierra fuera hecha. Aún no existían los abismos, y yo ya estaba concebida en el plan divino... Cuando El preparaba los cielos, estaba yo presente; cuando con ley cierta ponía dique a los abismos, y domaba las fuentes de las aguas, y afirmaba los cielos en lo alto, y circunscribía el mar dentro de sus límites, y asentaba los cimientos de la tierra, con El estaba yo concertándolo todo; y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres...» (Prov. 8 22-35).

Así pues, mientras Jesús y María no aparecen en la obra de Dios, faltan en ella sus personajes principales, los que le dan todo su sentido, los que explican el porqué de la obra de Dios. Igualmente, sin Jesús y María, falta en la obra de Dios la gran abundancia de gracias y dones sobrenaturales que Dios quiere derramar en su obra, primeramente en ellos, y luego a través de ellos. Jesús y María, cada uno por su respectiva plenitud de gracia, son el compendio del mundo sobrenatural que Dios intenta por su creación. Y, particularmente de María, afirman comúnmente los teólogos que, en su nacimiento, la Virgen María gozó de una plenitud de gracia inmensamente mayor que la de todos los ángeles y bienaventurados juntos.

Por eso mismo, el nacimiento de María alegra inmensamente el corazón de Dios: con Ella el divino Artista deja el terreno de la figura, del plan simplemente esbozado, del dibujo en blanco y negro, y pasa a la realización de lo que realmente intentaba, añadiendo color a su obra. Sí, podríamos decir que el nacimiento de la Virgen le pone color a toda la obra de Dios: es decir, empieza a darle la verdadera belleza, la verdadera armonía, los variados matices que Dios quiere dejar estampados en la creación, en el mundo de las almas, para que corresponda perfectamente a sus planes.

2º El nacimiento de María alegra el mundo de los santos ángeles.

No pasó desapercibido para los ángeles el nacimiento de la Santísima Virgen, como pudo serlo para nosotros, pues ellos son espíritus puros, y el mundo espiritual les queda patente y claro. Sí, también para ellos fue motivo de regocijo la nati-vidad de Nuestra Señora.

La razón de ello es que todos los ángeles bienaventurados, antes de serlo, recibieron la revelación del misterio de la Encarnación, esto es, de la obra de Dios que debía ser llevada a término, no por ellos en última instancia, sino por el mismo Verbo encarnado, nacido de Mujer. Y no sólo tuvieron conocimiento de este

misterio, sino que es sentir común que su prueba consistió precisamente en aceptar la realeza del Verbo humanado, y de la Mujer a la que debía tener por Madre. Cristo es el «*Rex angelorum*», y María es llamada en las letanías «*Regina angelorum*»; de modo que los ángeles bienaventurados consiguieron la visión de Dios por haber consentido al Reino de Jesús y de María sobre ellos: «*Volumus hunc regnare super nos, volumus hanc regnare super nos*»; mientras que los ángeles réprobos se condenaron por no haberse sometido, por orgullo, a Cristo Rey y a María Reina.

Ahí está el motivo de la inmensa alegría de los ángeles en la natividad de la Virgen. Dios les iba manifestando sólo paulatinamente la realización de sus planes. Así, todo el mundo angélico esperaba ardientemente la aparición de su Reina, Aquella a quien habían jurado eterna fidelidad y vasallaje. Por eso, ¡qué regocijo debieron tener cuando fueron puestos por Dios al corriente de este acontecimiento: la Reina tanto tiempo esperada, la Reina tan amada, acaba de hacer su entrada en este mundo, acaba de nacer!

Y así como nosotros admiramos todas las maravillas que Dios ha realizado en el mundo inferior, en los animales y en las plantas, y quedamos boquiabiertos cuando los podemos contemplar en detalle, por su perfección, armonía y belleza, del mismo modo los ángeles debieron quedar boquiabiertos al ver las cosas tan maravillosas que Dios realizaba en la Virgen; admirados de ver la santidad y belleza de su alma, los dones con que Dios la había ya adornado; y deseosos de ponerse a sus órdenes para colaborar en los planes de Dios en orden a la salvación de los hombres.

3º El nacimiento de María alegra el mundo de los hombres.

Finalmente, también en el mundo de los hombres fue motivo de intensa alegría la natividad de María. La razón de ello es que, después del pecado de nuestros primeros padres, la humanidad vivía un eterno invierno, el invierno del Antiguo Testamento: había desaparecido de la faz de la tierra la alegría, la luz y el color; el hombre se encontraba en el más triste de los estados; por mucho que hiciese, sus obras eran totalmente estériles en orden a la vida eterna, como lo son los árboles en tiempo invernal; todas las aves, esto es, las almas santas, habían volado. Pero, en virtud de las divinas promesas, esa misma humanidad deseaba la llegada de la primavera, y esperaba ansiosamente que se oyeran aquellas palabras del Cantar de los Cantares:

«*¡Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven! Que ya se ha pasado el invierno, la lluvia ha cesado y se ha ido. Aparecieron ya las flores en nuestra tierra, llegó el tiempo de la poda, y se oye en nuestra tierra el arrullo de la tórtola. Ya echa sus brotes la higuera, esparcen su fragancia las viñas en flor. ¡Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven!*» (Cant. 2 10-13).

Pues bien, de todo ello fue señal y comienzo el nacimiento de María. Sí, los tiempos cambiaron significativamente con la aparición de la Tórtola María: su

presencia indicaba la primavera mesiánica, la floración de la gracia y de las virtudes, la vida florida y fecunda de la Iglesia, la fragancia de las almas santas. Apareciendo la Virgen, todo el plan divino queda asegurado: pues la Virgen sólo existe para ser la Madre de Dios, y teniendo ya el Arbol, necesariamente tenemos el Fruto: el Mesías ya está cerca.

Además, esta Niña que hoy nace es, para los hombres, la gran Mediadora esperada, la que debía volver propicia a Dios respecto de los hombres; una Mediadora omnipotente sobre el corazón de Dios; una Mediadora caritativa, que toma nuestros intereses y los hace suyos. Es la *Estrella de la Mañana*, es la Aurora del nuevo Día, es la *Puerta del Cielo*, es el *Refugio de los pecadores*, es el *Auxilio de los afligidos*. ¡Cuántos y cuán variados motivos de alegría y de consolación para la pobre raza pecadora de Adán!

Conclusión.

Ante esta hermosísima fiesta de Nuestra Señora, nuestra primera disposición interior ha de ser la de **rendir vasallaje, como los ángeles y las almas santas, a esta nobilísima Dama**, que nace totalmente en provecho nuestro, para asegurar nuestra salvación; vasallaje que, según los planes de Dios, ha de ser a la vez una dependencia, obediencia y cariño filiales.

Por eso mismo, ese vasallaje rendido a Nuestra Señora ha de distinguirse por **la alegría**: así como muy grande fue la tristeza y el mal que nos vino de estar bajo la servidumbre y tiranía del demonio, privados de la vida divina y de la familia de los hijos de Dios; así también muy grande es la alegría y el bien que nos han venido de vernos restaurados en nuestra primera condición por esta humilde Niña, que no nace sino para darnos al Dador de la vida.

Finalmente, pongamos a esta Niña como **Mediadora nuestra ante Dios**, acudiendo a Ella en nuestras necesidades y pruebas, y diciéndole con la Iglesia:

*Salve, Estrella del Mar,
Madre de Dios santa
y siempre Virgen,
feliz puerta del cielo.*

*Tú, que recibiste el Ave
del ángel Gabriel,
afiánzanos en la paz,
y trueca el nombre de Eva.*

*Desata los lazos de los reos,
alumbra a los ciegos,
ahuyenta nuestros males,
y alcánzanos todos los bienes.*

*Muéstrate Madre nuestra,
y por ti acoja nuestras oraciones
el que, naciendo por nosotros,
se hizo Hijo tuyo.*

*¡Oh Virgen incomparable,
dulce como ninguna!
Líbranos de toda culpa,
y haznos mansos y castos.*

*Haz pura nuestra vida,
seguros los caminos,
para que, viendo a Jesús,
siempre nos alegremos.*